

EL DOCTOR PASCUAL ¹

I

EN ardorosa tarde de Julio, durante el bochorno de la siesta, la sala, herméticamente cerrada, yacía envuelta en el más soberano sosiego. Por ninguno de sus tres huecos pasaba más luz que los tenues rayos que se filtraban al través de las rendijas de las viejas maderas; y esa luz, difundida en las sombras, bañaba los objetos de suave y apagada claridad. Se respiraba allí algún fresco, comparativamente con la sofocación

¹ Zola suprime al protagonista de la presente novela el apellido de Rougon. Deliberadamente, para diferenciarlo de los demás individuos de la familia, le llama con su nombre de pila, que es Pascual. De las dos formas ortográficas (Pascal y Paschal), que este nombre tiene en francés, Zola usa la primera, sin duda por ser la misma que usan los provenzales. Hemos creído deber nuestro traducirlo para señalar bien la distinción que Zola establece.—(N. DE LOS T.)

tórrida que fuera se sentía, en medio del solazo que incendiaba la fachada.

El doctor estaba delante del armario frontero á las ventanas, buscando un apunte. Abierto de par en par ese inmenso armario de roble esculpido y de hermoso y sólido herraje, obra del siglo último, veíase, sobre las tablas embutidas en sus profundidades, un montón extraordinario de papeles, de legajos, de manuscritos, que por todas partes se desbordaban en revuelta confusión. Hacía más de treinta años que el doctor guardaba allí cuanto escribía, desde las notas breves hasta los textos completos de sus grandes obras sobre la herencia. Se comprende, pues, que echarse á buscar en aquel sitio no siempre fuese empresa llana. El hombre registraba, no obstante, con gran paciencia, y sonrió al fin en el momento del hallazgo.

Todavía permaneció un instante junto al armario, leyendo el apunte á favor de un rayo dorado que llegaba de la ventana de en medio. El doctor, á pesar de su barba y sus cabellos de nieve, y no obstante frisar en los sesenta, aparentaba una robustez vigorosa á la luz de aquella especie de amanecer, con su semblante tan fresco, con sus

facciones tan finas, con sus ojos tan limpidos, con aquel aspecto tan juvenil, que, al verle, ceñida al tronco la cazadora de pana castaña, se le hubiera tomado por un mozo con el pelo empolvado.

— Mira — acabó por decir: — tendrás que volver á copiar esa nota. Ramond no descifraría nunca mi empecatada letra.

Y fué á poner la cuartilla cerca de la joven, que estaba trabajando de pie, delante de un pupitre alto, en el hueco de la ventana de la derecha.

— Bueno, maestro — respondió la muchacha.

No se volvió siquiera, de puro abstraída que estaba en su pintura al pastel, dando tajos y mandobles con el lápiz. Cerca de ella había un florero con una vara de malvas de un color violeta notable, listado de amarillo. Pero se veían muy bien el contorno de su cabecita redonda y rubia, con el pelo cortado — un contorno severo y exquisito; — la frente recta, fruncida por la atención; los ojos de un matiz azul celeste; la delicada nariz y la barba de enérgico corte. Sobre todo, aquella nuca inclinada, con su frescura de leche bajo el oro de los ricillos retozones, era deliciosamente juvenil. Llevaba una lar-

ga blusa negra de trabajo, y era muy alta, de esbelto talle, de seno menudo y cuerpo flexible, á la manera de las imágenes del Renacimiento. A pesar de sus veinticinco años, conservaba aspecto infantil, y apenas representaba diez y ocho.

— Y arreglarás un poco este armario — añadió el doctor. — Ya no hay manera de entenderse aquí.

— Bueno, maestro — repitió la joven sin levantar la cabeza. — Al momento.

Pascual había vuelto á sentarse á su escritorio, que estaba en el extremo opuesto de la sala, delante de la ventana de la izquierda. Era una mesa sencilla, de madera negra, atestada también de papelotes y de folletos de todas cataduras. Y tornó á reinar el silencio, aquella gran paz de semitiñieblas, al amparo del calor asfixiante. La espaciosa estancia, de diez metros de largo por seis de anchura, no tenía, amén del armario, más que dos cuerpos de biblioteca henchidos de libros. Por allí andaban desperdigados sillones y sillas de antiguo abolengo; las paredes, cubiertas con papel de salón imperio, de rosetones, ostentaban por todo adorno cuadros de flores pintadas al pastel, de un colorido extraño, que á duras

penas se discernían. Las maderas de las tres puertas de dos hojas — la de la entrada, que daba á la meseta de la escalera, y las de los cuartos del doctor y de la joven, que estaban á los dos extremos de la habitación — databan de Luis XV, así como la cornisa del techo ahumado.

Pasó una hora sin que se oyese un ruido, ni el más leve soplo, hasta que Pascual, rompiendo la faja de un periódico olvidado encima de la mesa — *El Tiempo* — con ánimo de descansar un minuto, profirió una ligera exclamación.

— ¡Calla! ¡Tu padre, nombrado director de *La Época*, el periódico republicano de gran éxito, donde se publican los papeles de las Tullerías!

La noticia debía de ser inesperada para él, porque se reía como un bendito entre satisfecho y apesadumbrado, á la vez que continuaba á media voz:

— ¡Nada! Que si se inventase la cosa no se creería... Es extraordinaria la vida... Hay aquí materia para un artículo muy interesante.

Clotilde no respondió, como si estuviese á cien leguas de lo que decía su tío. Y él no habló más. Cogió unas tijeras, después de

haber leído el artículo; lo cortó y lo pegó en una hoja de papel, donde apuntó algunas anotaciones con sus letránganos irregulares. Luego volvió al armario para clasificar allí la nueva nota. Pero tuvo que subirse en una silla, porque la tabla de arriba estaba tan alta, que no podía alcanzar á pesar de su buena estatura.

Sobre la tabla superior veíase una serie de legajos enormes, alineados en buen orden y clasificados metódicamente. Eran documentos de todas clases, escritos en papel sellado y artículos de periódicos, cortados y coleccionados dentro de cubiertas de papel azul fuerte, cada una de las cuales llevaba escrito un nombre en letras grandes. Bien se echaba de ver que tales documentos eran objeto de una atención diaria y solícita, que se manejaban sin cesar y volvían á colocarse en su puesto cuidadosamente — porque era el único sitio arreglado del armario.

Cuando Pascual, subido en su silla, encontró el legajo que buscaba—uno de los más abultados, que llevaba inscrito el nombre de "Saccard,"—incluyó en él el nuevo apunte, y tornó á ponerlo en la letra correspondiente. Todavía se entretuvo allí un instante,

enderezó con cariño un rímero que se venecía, y al bajar al suelo:

—¿Oyes, Clotilde? Cuando hagas el arreglo no toques á los legajos de arriba.

—Bueno, maestro—respondió dócilmente la joven por tercera vez.

El doctor volvió á reír con su jovialidad natural.

—Es terreno vedado.

—Ya lo sé, maestro.

Y Pascual cerró el armario, dando una vuelta vigorosa á la llave, que echó después en un cajón de su mesa. La joven estaba bastante al corriente de sus tareas para poder ordenar un poco los manuscritos, y él la ocupaba también á título de secretaria y le hacía copiar sus apuntes, cuando un colega y un amigo, como el doctor Ramond, le pedía algún documento. Pero como no era una sabia, la prohibía lisa y llanamente leer lo que juzgaba inútil que supiese.

En el interin, acabó por sorprenderle la profunda abstracción en que la veía absorta.

—Pero ¿qué tienes para no desplegar los labios? ¡Tanto te apasiona la copia de esas flores!

Era uno de los trabajos que le confiaba hacer dibujos, acuarelas ó pasteles, que unía á

30850

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
"ALFONSO REYES"
1960. 1025 MONTERREY, N.L.

sus obras en calidad de ilustraciones. De cinco años atrás venía realizando experimentos muy curiosos con una colección de malvas, á fin de obtener toda una serie de coloraciones nuevas mediante fecundaciones artificiales. La joven, en esa clase de copias, hacía alarde de una minuciosidad y de una exactitud de dibujo y de color tan extraordinarias, que él se maravillaba siempre de semejante escrupulosidad, diciéndole que tenía "una excelente cabecita redonda, tersa y sólida".

Pero esta vez, al acercarse á mirar por encima del hombro, exhaló un grito de cómico furor.

—¡Ah! Quítate de mi vista! ¡ya te fuiste por esos trigos de Dios!... ¡A romper eso ahora mismo!

Clotilde se irguió. Tenía las mejillas inyectadas de sangre, los ojos inflamados por la pasión de su obra y embadurnados los dedos del rojo y azul que acababa de empastar.

—¡Pero, maestro!

Y en ese "maestro", tan afectuoso, tan cariñosamente sumiso, en ese nombre que le daba familiarmente para no usar los de tío ó padrino, que le parecían ñoños, se traslucía por primera vez una llamarada de rebeldía,

la reivindicación de un ser que reacciona y afirma su personalidad.

Hacía unas dos horas que había dado al traste con la copia juiciosa y fidedigna de las malvas, y acababa de estampar en otra hoja un racimote de flores imaginarias, de desvarios extravagantes y soberbios. Solía tener esos saltos bruscos, esa necesidad de locas divagaciones en medio de las reproducciones más exactas. En cuanto se cansaba, volvía siempre á la extraordinaria floración, con tal inventiva y tales vuelos, que no se repetía nunca, creando rosas que manaban sangre y lloraban lágrimas de azufre, lirios que parecían urnas de cristal, y hasta flores sin forma conocida, con irradiaciones de astro y corolas flotantes como enjambres de nubes. Aquel día, en la hoja sombreada por trazos de lápiz negro veíase una lluvia de estrellas pálidas, toda una explosión de pétalos suavísimos, y allá, en un rincón, se abría un brote innominado, un capullo de castos velos.

—¡Otro que vas á clavarme ahí—prosiguió el doctor señalando á la pared, donde se ostentaban ya en fila tan extrañas pinturas. —Pero ¿qué puede representar esto? ¿Quieres decírmelo?

La joven, sin perder la seriedad, retrocedió para ver mejor su obra.

—No sé. Es una cosa bonita.

En aquel momento entró Martina, criada única y verdadera dueña de la casa desde hacia cerca de treinta años que estaba al servicio del doctor. Aunque pasaba de los sesenta, también conservaba aspecto juvenil aquella mujer callada y trabajadora, con su eterno vestido negro y su cofia blanca, que le daban cierto aire de religiosa, y su carita pálida y reposada, donde parecían haberse apagado los cenicientos ojos.

No habló. Fué á sentarse en el suelo, delante de una butaca, cuya tela viejísima tenía un roto, por donde asomaba la cerda; y sacando del bolsillo una aguja y una madeja de estambre, se puso á coserlo. Hacía tres días que esperaba disponer de una hora para reparar aquel desperfecto que no la dejaba sosegar.

—De paso que hace V. eso, Martina—exclamó Pascual en tono de broma, cogiendo con las dos manos la rebelde cabeza de Clotilde—répase V. también esta cabecita, que á lo mejor se va del seguro.

Martina alzó los apagados ojos, dirigiendo á su amo su mirada habitual de adoración.

—¿Por qué me dice V. eso, señorito?

—Hija, porque creo que V., con su devoción, es quien ha encajado aquí dentro, en esta cabecita redonda, tersa y sólida, ideas del otro mundo.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia.

—Pero, señorito, la religión nunca ha hecho daño á nadie... Y cuando no se tienen las mismas ideas, vale más no hablar de esas cosas, créame V.

Siguió un silencio embarazoso. Era la única divergencia que ocasionaba á veces algún altercado entre aquellos seres tan unidos y que hacían una vida tan íntima. Martina sólo tenía veintinueve años, uno más que el doctor, cuando entró á su servicio en la época en que él empezaba á ejercer de médico en Plassans, en una casita alegre de la ciudad nueva. Y á los trece años, cuando Saccard, un hermano de Pascual, le envió su hija Clotilde, de edad de siete, á la muerte de su mujer y en el momento de volver á casarse, Martina fué quien educó á la niña, llevándola á la iglesia y comunicándola algo del fervor devoto en que ella había ardido siempre. El doctor, espíritu amplio, las dejaba entregadas á la satisfacción de sus creencias, por-

que no se reconocía con derecho para arrebatarse á nadie la dicha de la fe. Se contentó con velar después por la instrucción de la muchacha, dándole ideas sanas y precisas sobre todas las cosas. Desde hacía diez y seis años vivían así los tres; retirados en la Souleiade, una haciendita situada en un arrabal de la población, á un cuarto de hora de la iglesia catedral de San Saturnino, se había deslizado feliz su existencia, ocupada en grandes trabajos secretos, aunque algo enturbiada por un malestar creciente: el choque, cada vez más violento, de sus creencias.

Pascual se paseó preocupado durante un momento. Después, como hombre que no se mordía la lengua:

—Has de saber, querida, que toda esa fantasmagoría del misterio ha estropeado ese cerebritito tan monín... Tu Dios no te necesitaba para nada; yo hubiese debido guardarte para mí sólo, y tan bien como te iría.

Pero Clotilde, trémula, clavando valerosamente sus claros ojos en los de Pascual, se mantenía firme.

—A ti sí que te iría bien, si no te concretaras á tus ojos de carne... Hay algo más. ¿Por qué te empeñas en no ver?

Y Martina vino en su ayuda, á su manera.

—La verdad, señor, es que V., que es un santo, como yo digo en todas partes, debería acompañarnos á la iglesia... No hay que decir que Dios lo salvará á V.; pero me tiemblan las carnes de pensar que podría V. no ir derecho al paraíso.

El doctor se había parado. Tenía delante de sí, en plena rebelión, á aquellas dos mujeres tan dóciles, tan cariñosas, que estaban habitualmente á sus pies, conquistadas por su alegría y su bondad. Abría ya los labios é iba á responder duramente, cuando cayó en la cuenta de la inutilidad de la discusión.

—¡Ea! ¡Dejadme el alma quieta! ¡Será mejor que vaya á trabajar!... ¡Y que nadie entre á interrumpirme!

Se fué ligero á su cuarto, donde había instalado una especie de laboratorio, y se encerró en él. La prohibición de entrar era formal. Allí se dedicaba á hacer preparaciones especiales de que no hablaba á nadie. Casi enseguida se oyó el ruido lento y acompasado de la mano del mortero.

—¡Vamos!—exclamó Clotilde sonriendo.—Ya está en su endiablada cocina, como dice la abuela.

Y volvió tranquilamente á su copia de la vara de malvas. Precisaba el dibujo con una

exactitud matemática y encontraba el tono justo de los pétalos violáceos listados de amarillo, hasta en la degradación más delicada de los matices.

—¡Ah!—murmuró al cabo de un rato Martina, sentada otra vez en el suelo y cosiendo la butaca.—¡Qué desgracia que un santo así pierda su alma á gusto!... Porque no se diga; van treinta años que le conozco, y jamás he dado que sentir á nadie. Lo que se llama un corazón de oro, que se quitaría el pan de la boca... Y además, tan amable, y siempre sante, y siempre alegre: ¡una verdadera bendición!... Es una lástima que no quiera reconciliarse con el Señor. ¿No es verdad, señorita? Habrá que obligarle.

Clotilde, sorprendida de oirla hablar tanto de un tirón, dió gravemente su palabra.

—Cabal, Martina: trato hecho. Le obligaremos.

Restablecíase el silencio cuando se oyó la campanilla colgada abajo, en la puerta exterior. La habían puesto allí para que pudiera oírse en toda aquella casa, demasiado espaciosa para las tres personas que la habitaban.

La criada pareció sorprendida y refunfuñó algo entre dientes: “¿Quién podrá ser, con

semejante calor?», Se había levantado: abrió la puerta, se inclinó por encima del antepecho y volvió diciendo:

—Es doña Felicidad.

Entró al punto, muy lista, la anciana viuda de Rougon. A pesar de sus ochenta años, acababa de subir la escalera con la agilidad de una muchacha; y seguía siendo la cigarra morena, delgada y estridente de otros días. Muy elegante ahora, con su vestido negro de seda, todavía podía dar un chasco por la espalda, gracias á la finura de su talle, y pasar por una enamorada ó una ambiciosa corriendo en alas de su pasión. De frente, aún se veían en aquella cara enjuta ojos que conservaban su brillo, y una sonrisa agraciada cuando ella quería.

—¡Cómo! ¿Eres tú, abuela? — exclamó Clotilde adelantándose.—¡Pero si hay para achicharrarse con ese horrible sol!

Felicidad se echó á reír, al tiempo que la besaba en la frente.

—¡Oh, el sol es amigo mío!

Y, andando rápidamente, con pasito menudo, fué á alzar el pestillo de una de las ventanas.

—¡Mujer, abrid un poco! Es demasiado

triste vivir á oscuras... Yo, en mi casa, dejo que entre el sol.

Por la hoja entreabierta penetró un haz de luz ardiente, una oleada de ascuas bullidoras. Y bajo el cielo, de un azul violáceo de incendio, apareció el inmenso campo asolado, como adormecido y muerto en aquel aniquilamiento de horno; mientras que á la derecha, por encima de los tejados color rosa, se erguía el campanario de San Saturnino, una torre dorada, cuyas aristas semejaban huesos blanqueados á la luz deslumbradora del sol.

—Sí—continuaba Felicidad—voy á ir á las Tulettes, y quería saber si estaba aquí Carlos, para llevarlo conmigo... Ya veo que no. Otro día será.

Pero, á la vez que explicaba su visita con ese pretexto, sus ojos escudriñadores daban vuelta á la estancia; y, sin más insistencia, dirigió la conversación hacia su hijo Pascual, al oír el ruido acompasado del mortero en la pieza inmediata.

—¡Ah! ¡Todavía está en su endiablada cocina!... No le molestéis; no tengo nada que decirle.

Martina, que había vuelto á su obra, movió la cabeza en testimonio de que no tenía

maldita la gana de interrumpir á su señor, y hubo un nuevo silencio, durante el cual Clotilde se limpiaba en un paño los dedos manchados de lápiz, y Felicidad reanudaba su pasito con mirada investigadora.

Iba á hacer dos años que se había quedado viuda. El marido, que últimamente no podía moverse ya de puro grueso, sucumbió, ahogado por una indigestión, el 3 de Setiembre de 1870, la noche del mismo día en que supo la catástrofe de Sedán. La caída del régimen á cuya fundación se lisonjeaba de haber contribuido, pareció herirle como un rayo. Desde entonces Felicidad afectaba no ocuparse de política, y vivía como una reina destronada. Nadie ignoraba que los Rougon habían salvado á Plassans de la anarquía en 1851, haciendo triunfar el golpe de Estado del 2 de Diciembre, y que algunos años después lo conquistaron de nuevo en lucha con los candidatos legitimistas y republicanos para darlo á un diputado bonapartista. Hasta la guerra, el imperio fué allí omnipotente, en tales términos, que, cuando el plebiscito, obtuvo una mayoría abrumadora. Pero, á partir de los desastres, la ciudad se hacía republicana, el barrio de San Marcos volvía á sus sordas intrigas realistas, y el barrio

viejo y la ciudad nueva habían enviado á la Cámara un representante liberal, con un vago tinte orleanista, decidido á pasarse á la república si triunfaba. He ahí por qué Felicidad, mujer muy lista, se hacía la indiferente y se resignaba á no ser más que reina destronada de un régimen derrocado.

Pero aun así, todavía era la suya una alta posición, rodeada de una poesía melancólica. Había reinado durante diez y ocho años. La leyenda de sus dos salones — el salón amarillo, donde maduró el golpe de Estado y luego el salón verde, el terreno neutral, donde se consumó la conquista de Plassans — se embellecía en la lontananza del tiempo. Era, además, muy rica. En fin, soportaba tan dignamente la desgracia, sin lamentarse ni quejarse, paseando, con sus ochenta años, tan larga serie de apetitos furiosos, de abominables maquinaciones y desmedidas saciedades, que adquiría un sello augusto. Ahora, su única alegría era disfrutar en paz de su gran fortuna y de su antiguo reinado, y no tenía más que una pasión: la de defender su historia, purgándola de cuanto pudiera mancillarla en lo sucesivo. Su orgullo, alimentado por la doble hazaña de que hablaban aún los habitantes, ejercía una vigilan-

cia celosa, decidida á no dejar en pie más que los documentos favorables: aquella leyenda por cuya virtud la saludaban como á una majestad caída cuando atravesaba la ciudad.

Había ido hasta la puerta del cuarto del doctor; escuchó el pertinaz machaqueo del mortero, y después volvió hacia Clotilde, con frente pensativa.

—Pero ¿qué es lo que fabrica, Dios mío? Tú no sabes lo que le perjudica su nueva droga. Me han contado que el otro día estuvo á punto de matar (y van dos) á uno de sus enfermos.

—¡Oh! ¡Abuela! —exclamó la joven.

Pero la abuela estaba ya en el disparadero.

—¡Sí, señora! Lo que oyes. Y no es flojo lo que dicen las comadronas... Anda, métete por los arrabales á preguntarlas. Verás cómo te dicen que deslíe huesos de muerto en sangre de recién nacido.

Hasta Martina protestó esta vez. Clotilde se enojó, ultrajada en su afecto.

—¡Por Dios, abuela! ¡no repita V. esas infamias!... ¡Un hombre que tiene tan gran co- razón, que no piensa más que en el bien de todos!

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
 "ALFONSO DE VES"
 Bldo. 1625 MONTECITO, PASADENA, CALIF.